



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 4 de diciembre de 2002

¡Misericordia, Dios mío!

1. Todas las semanas, la *liturgia de las Laudes* nos propone nuevamente el salmo 50, el célebre *Miserere*. Ya lo hemos meditado otras veces en algunas de sus partes. También ahora consideraremos en especial una sección de esta grandiosa imploración de perdón: los versículos 12-16.

Es significativo, ante todo, notar que, en el original hebreo, resuena tres veces la palabra "espíritu", invocado de Dios como don y acogido por la criatura arrepentida de su pecado: "Renuévame por dentro con espíritu firme; (...) no me quites tu santo espíritu; (...) afiánzame con espíritu generoso" (vv. 12. 13. 14). En cierto sentido, utilizando un término litúrgico, podríamos hablar de una "epiclesis", es decir, una triple invocación del Espíritu que, como en la creación aleteaba por encima de las aguas (cf. *Gn* 1, 2), ahora penetra en el alma del fiel infundiendo una nueva vida y elevándolo del reino del pecado al cielo de la gracia.

2. Los Padres de la Iglesia ven en el "espíritu" invocado por el salmista la presencia eficaz del Espíritu Santo. Así, san Ambrosio está convencido de que se trata del único Espíritu Santo "que ardió con fervor en los profetas, fue insuflado (por Cristo) a los Apóstoles, y se unió al Padre y al Hijo en el sacramento del bautismo" (*El Espíritu Santo* I, 4, 55: *SAEMO* 16, p. 95). Esa misma convicción manifiestan otros Padres, como Dídimo el Ciego de Alejandría de Egipto y Basilio de Cesarea en sus respectivos tratados sobre el Espíritu Santo (Dídimo el Ciego, *Lo Spirito Santo*, Roma 1990, p. 59; Basilio de Cesarea, *Lo Spirito Santo*, IX, 22, Roma 1993, p. 117 s).

También san Ambrosio, observando que el salmista habla de la alegría que invade su alma una

vez recibido el Espíritu generoso y potente de Dios, comenta: "La alegría y el gozo son frutos del Espíritu y nosotros nos fundamos sobre todo en el Espíritu Soberano. Por eso, los que son renovados con el Espíritu Soberano no están sujetos a la esclavitud, no son esclavos del pecado, no son indecisos, no vagan de un lado a otro, no titubean en sus opciones, sino que, cimentados sobre roca, están firmes y no vacilan" (*Apología del profeta David a Teodosio Augusto*, 15, 72: SAEMO 5, p. 129).

3. Con esta triple mención del "espíritu", el salmo 50, después de describir en los versículos anteriores la prisión oscura de la culpa, se abre a la región luminosa de la gracia. Es un gran cambio, comparable a una nueva creación: del mismo modo que en los orígenes Dios insufló su espíritu en la materia y dio origen a la persona humana (cf. *Gn 2, 7*), así ahora el mismo Espíritu divino crea de nuevo (cf. *Sal 50, 12*), renueva, transfigura y transforma al pecador arrepentido, lo vuelve a abrazar (cf. v. 13) y lo hace partícipe de la alegría de la salvación (cf. v. 14). El hombre, animado por el Espíritu divino, se encamina ya por la senda de la justicia y del amor, como reza otro salmo: "Enséñame a cumplir tu voluntad, ya que tú eres mi Dios. Tu espíritu, que es bueno, me guíe por tierra llana" (*Sal 142, 10*).

4. Después de experimentar este nuevo nacimiento interior, el orante se transforma en testigo; promete a Dios "enseñar a los malvados los caminos" del bien (cf. *Sal 50, 15*), de forma que, como el hijo pródigo, puedan regresar a la casa del Padre. Del mismo modo, san Agustín, tras recorrer las sendas tenebrosas del pecado, había sentido la necesidad de atestiguar en sus *Confesiones* la libertad y la alegría de la salvación.

Los que han experimentado el amor misericordioso de Dios se convierten en sus testigos ardientes, sobre todo con respecto a quienes aún se hallan atrapados en las redes del pecado. Pensamos en la figura de san Pablo, que, deslumbrado por Cristo en el camino de Damasco, se transforma en un misionero incansable de la gracia divina.

5. Por última vez, el orante mira hacia su pasado oscuro y clama a Dios: "¡Líbrame de la sangre, oh Dios, Dios, Salvador mío!" (v. 16). La "sangre", a la que alude, se interpreta de diversas formas en la Escritura. La alusión, puesta en boca del rey David, hace referencia al asesinato de Urías, el marido de Betsabé, la mujer que había sido objeto de la pasión del soberano. En sentido más general, la invocación indica el deseo de purificación del mal, de la violencia, del odio, siempre presentes en el corazón humano con fuerza tenebrosa y maléfica. Pero ahora los labios del fiel, purificados del pecado, cantan al Señor.

Y el pasaje del salmo 50 que hemos comentado hoy concluye precisamente con el compromiso de proclamar la "justicia" de Dios. El término "justicia" aquí, como a menudo en el lenguaje bíblico, no designa propiamente la acción punitiva de Dios con respecto al mal; más bien, indica la rehabilitación del pecador, porque Dios manifiesta su justicia haciendo justos a los pecadores (cf. *Rm 3, 26*). Dios no se complace en la muerte del malvado, sino en que se convierta de su

conducta y viva (cf. Ez 18, 23).

Saludos

Doy mi cordial bienvenida a todos los peregrinos de España y de América Latina, de modo particular al cardenal Rouco, arzobispo de Madrid, a los fieles de las parroquias de Nuestra Señora de la Soledad de Torrejón de Ardoz, de Nuestra Señora de Sonsoles y de San Sebastián de Madrid, así como al grupo de militares del Ejército de tierra español y a los sacerdotes participantes en el curso de espiritualidad promovido por el CIAM. Animados por el Espíritu divino, preparad, en este tiempo de Adviento, el camino al Señor con obras de amor, de justicia y de paz. ¡Que Dios os bendiga!

Ante las noticias que llegan desde Venezuela, pido al Dios de todo consuelo para que en esa amada nación, en este momento difícil de su historia, impere la paz y la concordia social, comprometiéndose todos en un diálogo que beneficie al país y pueda así alcanzarse una justicia auténtica, fundada en la verdad y la solidaridad.

(En italiano)

Saludo a los *jóvenes* aquí presentes. Os exhorto, amadísimos hermanos, a alimentaros con frecuencia del pan de vida que Cristo nos ofrece cada día en la celebración eucarística.

Con afecto me dirijo a vosotros, queridos *enfermos*, y os invito a mirar a aquel a quien, en este tiempo de Adviento, esperamos como Salvador, conscientes de que, si le ofrecemos nuestros sufrimientos, participaremos también en su gloria.

Finalmente, a vosotros, queridos *recién casados*, a quienes saludo con verdadera cordialidad, os exhorto a reavivar en vuestra relación de pareja el clima de la familia de Nazaret, gracias al rezo frecuente del santo rosario.